

LA ZAMBOMBA MARANCHONERA

Pedir por las puertas

En julio, mientras la siega, recogíamos manojos de espigas secas.

A primeros de diciembre procurábamos apalabrar una vejiga de cerdo, es decir, nos ganábamos la amistad de alguien que matase un cerdo para que nos guardase la vejiga. Como el día de la matanza estaban muy atareados, procurábamos asistir, detrás de la puerta si el cerdo no era nuestro, para evitar que por descuido nos quedásemos sin nuestra preciada joya.

Los ojos nos hacían chiribitas cuando, tras descuartizar el gorrino, ponían en nuestras manos la vejiga.

Sin ningún escrúpulo, vaciábamos los orines e hinchábamos la vejiga con una paja. La atábamos como si fuese un globo y la colgábamos de la campana de la chimenea para que se secase. Los que no tenían chimenea la colgaban del travesaño de la estufa (convenientemente alejada del tubo para que no se quemase).

Al cabo de unos días, presentíamos al tacto que estaba seca, la troceábamos en un par de piezas para poder sacar dos zambombas. Si el puerco era grande y éramos habilidosos podíamos conseguir hasta tres.

Echábamos los trozos en agua para que estuviese muy flexible y se adaptase perfectamente al bote de conserva (un día).

Atábamos el pellejo con un bramante al bote. Nos tenía que ayudar alguien para que quedase muy sujeto (había que saber poner bien el dedo). Le poníamos un alfiler largo, de caporra negra, en el centro de la zambomba y la dejábamos secar.

Antes de utilizarla le untábamos ajo, restregando, para conseguir mejores acordes. Le poníamos la espiga y a ensayar con los dos o tres que nos iban a acompañar por las puertas.

El día 24 salíamos por la mañana a pedir el aguinaldo por las puertas del pueblo. De cuando en cuando, echábamos un escupitajo (a esa edad era saliva) en la mano para que se oyese mejor. Pasábamos frío porque si nos poníamos el tapabocas (Bufanda rústica) no se nos oía cantar, tampoco llevábamos guantes, bueno, a lo sumo uno que era para sujetar el bote que estaba frío. El que llevaba las pajas podía ir con guantes; solía ser el más pequeño el que hacía estos menesteres, ya que, así no nos rompía las espigas o pajas. Entre tascos de nieve y caminando por las veredas recorríamos el pueblo.

Nos repartíamos nuestros dineros atendiendo a las edades, es decir, a más edad más dinero. La alegría era inmensa porque en nuestra infancia no estábamos sobrados de perrillas.

A continuación pongo algunos cantares típicos. Omito los verdes para no herir la sensibilidad de los lectores; además, la narración está ubicada en niños de edad escolar.

*A esta puerta hemos llegado
con intención de cantar.
Señores pido licencia
para poder comenzar (2).*

*Quién es ese señorito
que está sentado en su banco
es el señorito ...
que parece un padre santo.*

*Quién es esa señorita
que está sentada en su losa
es la señorita ...
que tiene cara de rosa.*

*Danos, danos, danos,
si nos has de dar
un cacho turrón
del de mazapán,
y si es de Jijona
lo mismo nos da.*

¡El aguinaldo!

Generalmente nos daban algo en todas las casas; no obstante, en las casas que no nos daban nada les cantábamos unas despedidas.

*Estas puertas son de hierro
y las cerrajas de alambre,
si no nos dan aguinaldo
les llamamos muertos de hambre (2).*

*A esta puerta hemos llegado
con la mano en la bragueta
si no nos dan aguinaldo
nos meamos en la puerta (nos meabamos) (2).*

*Quién es esa señorita
que está sentada en su silla
es la señorita ...
que tiene cara morcilla (2).*